

LADISLAO GRYCH

CUANDO VENGA EL ESPÍRITU ⁽¹⁷⁾

Esta vez, es la Novena del Espíritu Santo; la escribo con la intención de predicarla en la Comunidad del Espíritu Santo, anticipando el Día de Pentecostés; aprovecho mis soledades en medio de la naturaleza, los vientos y lluvias; un poco apurado, plasmo las vivencias que lleva mi espíritu; ante todo, espero que esté presente el Viento del Espíritu, pues, la Novena sería diferente, y la palabra sería del Señor; la escribo en abril del año 1994, para poder predicarla antes de Pentecostés del mismo año.

PREFACIO

Me toca predicar para la Comunidad que lleva el Nombre del Espíritu, y la oración nos ayuda a compartir lo propio del tiempo, en el clima de espera.

Pues, si el Espíritu viene, ¿por dónde nos llevará el Señor?

Y yo, más bien, soy un simple instrumento de su Gracia.

Anticipamos el Día de Pentecostés del año 1994, en la Iglesia del Espíritu Santo, en Santa Rosa de La Pampa.

La Comunidad ya está reunida en el Cenáculo, y el Señor anuncia al Espíritu; tan sólo hay que esperarlo orando.

Pentecostés, 1994

1. AQUÉL DÍA NO HARÁN MÁS PREGUNTAS

a. EL PUEBLO REUNIDO EN EL CENÁCULO

En una de las comunidades, adonde solemos ir una vez al mes, y la atención pastoral es escasa, nació la expectativa; es que le llegó la noticia de que iban a venir las religiosas, para quedarse en la Capilla.

El pueblo empezó a vibrar; aún apareció la nueva gente para colaborar, todos esperaban atentos, a que llegasen las hermanas cuanto antes; si ese pueblo las espera, es porque cree que las religiosas resolverían muchas de las tareas; serían el guía, el alma de la comunidad.

Ese pueblo recuerda otro tiempo; si quiere volver a lo que fue, aún no sabe lograrlo; entonces, cree que las hermanas vendrían con el Espíritu del Señor, para que Él inicie lo nuevo en la Comunidad, y en cada corazón del pueblo.

¿Con qué se puede comparar la Venida del Espíritu?

¿Qué esperanzas crea Él, en el corazón de una Comunidad que espera un nuevo tiempo?

Pues si ponemos la expectativa en los hombres, por más iluminados que fuesen, es insignificante ante la presencia del Espíritu; no obstante, Él actúa en la vida de ellos, si se dejan llevar por Él.

¿Tenemos la plena seguridad de que Él viene y aún, que la Comunidad lo reciba?

¿Estamos convencidos de lo que nos dice Jesús?

Si su promesa es inquebrantable, hay que creer, esperar y orar; quien mantiene la esperanza, que la comparta con sus hermanos, pues debemos apoyarnos en la misión; pero si no lo esperamos, difícilmente viene.

No todo el pueblo espera la Venida del Espíritu, y Jesús se vale de aquellos que mantienen fe y recuerdan su promesa;

pero el Espíritu viene por el pueblo, revelándose en la vida de un pequeño rebaño que es fiel a Jesús y su Palabra.

Si la Comunidad espera la Venida del Espíritu, tengamos la plena claridad de lo que acontece; pues, Jesús ha dejado su promesa, por eso, viene el Espíritu; es cuando sea su tiempo, y responde a la vigilia y a la oración. Entonces, pidamos a que Él venga.

No se turbe el pequeño rebaño del Señor; viene el Espíritu. Él nos enseña todo, y Jesús nos envía al mundo. Como el compromiso es grande, el Espíritu nos asiste; aún debemos pedir por Él, orar y esperar. Vigilemos entonces, en estos días, esperando.

Los discípulos estaban muy preocupados, cuando Jesús les habló de la misión; aún, les anticipó su muerte. Ellos se comprometían en su Obra, unidos a Él, dispuestos a entregar sus vidas por Él. Pero la obra es grande y el mundo, es adverso; ellos saben lo difícil que fue la misión para Jesús. Entonces, Él les habla del Espíritu y ellos, lo comprenden a Jesús más que en otros tiempos; en esa Venida está la gracia para ellos y para el mundo.

Mientras crecemos en el compromiso, sentimos más aún, la responsabilidad por Jesús. Al estar en un mundo muy conflictivo, esperamos la gracia prometida; de este modo, podemos cumplir con la misión. Entonces, nuestra palabra no sería vana, y las tareas serían eficientes; y podríamos enfrentar la realidad, como Jesús desea enfrentarla, con la asistencia del Espíritu prometido.

Señor Jesús, no sé si tengo noción de lo que esperas de mí. Me llevas en tu Camino; me haces ver la Misión.

Mientras me comprometes, voy creciendo; sigue creciendo nuestra Comunidad.

Ahora, el compromiso parece más grande de lo que me he imaginado, pero me hablas del Espíritu.

Vas preparando mi corazón para poder recibirlo y luego, me enviarás; envíame, Señor.

Cuando más claridad tengo, por lo que esperas de mí, me urge pedir a venga tu Espíritu; es también, por el deseo de ser fiel, por lo que me has comprometido, Señor.

Me queda pedir y esperar en este tiempo.

Si me haces presentir la Venida del Espíritu, anticipas lo que puede ser mi vida inundada con Él.

Espero al Espíritu más que nunca; y si lo deseo de veras, seguramente vendrá.

b. OS ENSEÑARÁ TODO

Me sorprendes, Jesús; dices que el Espíritu enseña todo.

¿Acaso no enseñabas tú, no explicabas?

¿No dabas luz para que te comprendiesen?

¿Qué quieres decir, Jesús?, ¿qué necesitas en tu enseñanza para alcanzar los frutos del Padre?

Así, voy buscando tu luz, mientras viene el Espíritu.

Viniste al mundo por la obra del Espíritu.

Caminaste con el pueblo, mientras el Espíritu estaba en ti.

Tu Vida fue grande, y Él la inundaba.

Ahora, hablas del Espíritu antes de iniciar tu misión en el mundo, y la ves imposible, sin que Él venga e ilumine.

¿Cómo podrías entrar en mí, si no obrase el Espíritu, que había promovido mi corazón para que te aceptase?

Él estaba en los comienzos de la gracia y tú, Jesús, fuiste la gracia del Padre que me llega.

¡Es grande recordarlo, después de hacer el camino!

El Espíritu está en cada instante de mi vida, y mientras tú vienes, Él ya está, silencioso, muy grande.

Sigo recuperando la Presencia de Jesús en mi ser, aún sigo reviviendo el tiempo del Espíritu. Mi vida recobra nuevas fuerzas; es como si estuviese recuperando lo que debí vivir en aquella hora del olvido; la hora de mi ignorancia, de no dar importancia a la obra del Señor.

Nuevamente estoy ante la gracia que está por despertarse en mí; es que el Espíritu me ilumina; es la hora de Él.

¡Cómo cambiaría mi vida, si recobrase aquella presencia del Espíritu!; ¡si pudiese llevar a mi mente, a mi corazón, su Presencia que fue perdida, casi olvidada!

En la hora del Señor, la voy recuperando de a pedazos, en la medida en que mi corazón se abre para ver, para dejarse llevar por la Gracia.

Me doy cuenta de que estoy frente a una gran obra que no supe asumir; la voy reviviendo por la gracia del Señor.

Cuando el ángel anunció el nacimiento de Jesús en mí, Él estaba; pues sin Él, Jesús no hubiese llegado.

¿Qué sería de mí sin Jesús?

Entonces, ¿qué sería de mí sin Él?

Si Él siempre ha estado, mi vida recupera su Presencia.

Agradezco al Señor por descubrir al Espíritu en mi vida, por lo que me haces revivir, con tan sólo que recuerde al Espíritu siempre atento por venir.

Él está en las raíces del mundo, en el anuncio de la vida, en cada movimiento de la gracia que se despierta.

Entra en la vida de Jesús que viene a mí; sin Él no puedo ver a Jesús, ni aceptar la salvación que me ofrece.

Mientras Jesús transforma mi corazón, Él está; pues, todo cambia, se hace nuevo, grande.

Pero, ¿cuándo será mi hora del Espíritu?

Deseo vivenciar aún más, la presencia del Espíritu; que se despierte mi corazón, que se abra para Él.

Mi vida es ésta, porque se expresa como obra del Espíritu; le entrego mi realidad, para que Él la inunde plenamente; en fin, se la voy dejando cada día.

Señor, deseo tu inspiración; y que mi vida se desenvuelva por tu gracia.

Cuando ya esté pleno del Espíritu, tú, Señor, me inundarás con Él; y me enviarás con el Mensaje de Jesús, como en el día de su Bautismo.

Pues Él, aún pleno del Espíritu, lo recibió desde lo alto; y comenzó la misión por donde el Espíritu lo llevaba.

Si en la misión de los discípulos continúa la de Jesús, es más bien, estar en la misma Corriente del Espíritu.

Señor, me permites revivir la presencia del Espíritu en mi vida, y Jesús resurge aún más grande.

Soy consciente de que es muy poco lo que veo, mientras que su presencia es muy grande.

Sigo en tu camino, Señor; y como sabes a dónde llegar, mi vida puede inundarse más aún, porque su presencia y su obra no tienen límites.

Sólo en medio de la plenitud del Espíritu puedo ver la gran plenitud de Jesús, en otro caso, todo estaría limitado.

Presiento que mi corazón sigue abriéndose; ¿por dónde me llevarás, mi Señor?

Y tú me esperas; ¿qué esperas de mí, que soy muy pobre?

No obstante, dices que estoy en tu camino, que se acerca el Día de la Venida del Espíritu; aún preparas mi corazón para que lo espere.

Entonces, ¿qué harás de mi vida?

2. SE LOS CONCEDERÁ EN MI NOMBRE

a. LAS DIMENSIONES DE LA GRACIA

La reflexión sobre el Espíritu Santo nos lleva a cierto nivel en la obra del Espíritu.

Tratamos del Espíritu que actúa del principio hasta el fin, en el desarrollo de la vida; mientras Jesús nos transforma, el Espíritu está presente y aún, anticipa la misión de Jesús, pues toda la vida es obra del Espíritu.

La segunda dimensión más bien, está abierta a la misión, es la que en la vida de Jesús inicia con su Bautismo; y en la vida de los discípulos surge con la Venida del Espíritu en el día de Pentecostés.

A las dos dimensiones del Espíritu las debemos descubrir en nosotros; en realidad, hablamos de las dos, pero no las separamos; y si Jesús nos elige para su misión, también vivimos el día de Pentecostés.

A la primera dimensión del Espíritu, la vemos en medio del crecimiento espiritual; es el camino del Espíritu en la vida, es su obra que se abre hacia Jesús, quien actúa con el poder del Espíritu; y mientras recorremos las vivencias, lo vemos en las actitudes; nos asombramos de su obra, de su permanente presencia.

En la segunda dimensión hay un fuerte impacto, como lo fue en la vida de Jesús y en la de los discípulos; a ese gran momento, si existe en nuestra vida, no lo podemos perder; es la vivencia que resguardamos como sagrada, en lo más profundo de nuestro corazón; y no sólo la resguardamos, sino que damos testimonio de ella, con mucha fuerza, para que nos escuchen, nos comprendan y respeten la gracia del Señor.

Tratamos de ver al Espíritu en nuestras vidas, pues con frecuencia, es una presencia ignorada; por eso, es un buen

ejercicio de buscar al Espíritu en nosotros, que habría que desarrollar en la oración, para renovar la vida del Espíritu. Es bueno crecer en su Presencia; de esta manera, la vida se halla, aún recupera su sentido; con tan presentir al Espíritu en cada movimiento de nuestro ser, la vida es distinta. En la búsqueda del Espíritu, está la inspiración del Señor; también, habría que ver el momento de la misión ungida con la Venida del Espíritu; aún, tendríamos que recuperar esa vivencia del Espíritu en nosotros; tiene que ver con la misión que Jesús nos había encomendado; y no es fácil descubrir a esa hora de la gracia.

La Gran Venida del Espíritu empieza por recuperar lo que habíamos perdido, y por renovar lo que no hemos podido recibir; puede ocurrir que el Señor nos haya depositado su gracia que aún no hemos empleado en la misión de Jesús. El Espíritu quiere abrir las puertas; a la vez, nuestra vida puede abrirse para el mundo con la gracia que Él nos había dejado; pues si Él obra, nos hace ver su tarea. Entonces, volvamos a nuestros corazones para ver lo que Él había depositado; demos la plena libertad a la gracia del Señor, y que el Espíritu Santo nos inspire una vez más.

Vienen fuertes momentos de la gracia del Espíritu, que se manifiesta con claridad; y como presentimos que estamos en la misión de Jesús, aún nos disponemos a entregarle humildemente nuestro corazón, y nos abrimos con alegría y entusiasmo; pero luego, la vida aún se enfría, para volver a lo de antes.

¿Dónde está la gracia del Señor?; ¿dónde está el Espíritu? Si el Señor deposita la gracia del Espíritu para la obra de Jesús; ¿dónde está esa gracia?

Hoy, no sólo nos acordamos de ella, sino que el Señor nos permite volver a su Fuente; entonces, nos renovamos en la Fuente del Espíritu que pasa por nuestra tierra.

Te pido, Señor, que tu Espíritu renueve el mundo; y te ruego que antes, llegue a mi corazón.
Es que la Vida del Señor viene, está por cruzar esta tierra; y si no vuelve a Él, ¿qué pasará conmigo?
Aún no termina la sequía, pero lo tuyo, Señor, tiene otras medidas; creo que tu Agua vuelve en abundancia.
Ya espero que tu Espíritu me inunde.

Recién hoy, tengo noción de tu Agua abundante.
Mientras ella corre, mi vida está seca.
¿Por qué no entra en mí?
¿Mi tierra está tan seca que no percibe tu Presencia?
Señor, dame la sed del Espíritu; que la tenga para siempre.
Abre las tierras, y que entre tu Agua e inunde mi ser.
Espero tu Vida plena, para llevarla a mis hermanos.

Restaura en mí, aquella hora del llamado para la misión, y más aún, restaura la venida del Espíritu.
Hoy, el Señor me inspira a buscar esa gracia; pues, si me vuelve la gracia del Espíritu, será aún más grande.
Me pone nuevamente ante la misión; no le puedo decir que no; entonces, bendice, Señor, mi camino.

No sé si tengo clara la misión que Jesús me había dado; si no me he comprometido en ella, soy consciente de eso; y ahora, quiero dejar todo en las manos del Señor, que Él guíe mis pasos.
Sólo me dejo llevar por el Espíritu, para poder cumplir con la misión de Jesús, en medio de mi ignorancia y de la gran gracia del Señor.

Si lo dejo en tus manos, mi corazón lo desea compartir plenamente, se abre a la misión de Jesús, para serle útil en el Proyecto del Señor.

Mi vida en tus manos, goza inmensamente; y mientras me hablas de tu misión, que viene el Espíritu, aún me veo como un niño que escucha y medita.

Todo parece muy grande, casi entre los sueños; tu Palabra se proyecta como un sueño en mí; y me dices que mi vida tiene sentido por eso, cuando venga el Espíritu.

Es muy grande lo que me dices; casi me confundes, Señor.

b. PEDID Y SE OS DARÁ

El Padre es bueno; da el pan y el pescado, cuando los hijos los necesitan; pero, ¿por qué, cuando se lo piden?

De este modo, se establece el vínculo entre el Padre y los hijos, el de la dependencia y del amor.

Los hijos encuentran su lugar en medio de sus urgencias, mientras el Padre se abre con su generosidad.

Hasta que no logremos sentirnos como niños ante el Padre, no podemos disfrutar de su bondad.

El Padre sabe bien de las necesidades.

Cuando le pedimos, descubrimos su bondad.

No siempre vamos a recibir lo que pedimos, pues es por el bien que Él comprende; pero logramos verlo, luego de las guerras que vivimos en nuestro interior.

¿Qué es lo que pedimos al Padre?

¿Acaso es lo que nos falta?

¿No somos como los niños que suelen ser caprichosos?

Pues, si se mete en sus cabezas alguna cosa, hasta que no la consigan, seguirán peleando.

¿Qué pasa en un corazón confundido?

No siempre pedimos lo que necesitamos, ni sabemos pedir bien, como corresponde a los hijos.

Si Jesús nos propone pedir, es porque esa actitud ayuda al crecimiento.

No siempre vamos a recibir lo que pedimos ni cuando lo esperamos, pero al ser pacientes y atentos por lo que pasa en nuestra vida, vamos aprendiendo a vivir y a entender al Padre, a su bondad infinita y su preocupación por lo justo y necesario.

Él sabe de las necesidades, conoce nuestro camino en el mundo, junto a Él, y siempre está presente en nuestra vida.

Entre las necesidades, a la más urgente, Jesús la define como la sed del Espíritu; el texto del Evangelio nos cuenta del pan, del pescado, a la vez, nos habla del Espíritu, pero nos distraemos antes de llegar al último concejo de Jesús; pues, al poder ver el pan y el pescado, nos quedamos con los dos, y no nos preocupamos de cómo calmar la sed que nos urge en nuestro corazón.

Si el Padre nos da pan, cuánto más nos da al Espíritu.

Pedid y se os dará con la medida abundante.

El Padre os dará lo que vuestro espíritu puede abarcar; si os da lo que necesitan para vivir, está más atento por si se lo piden al Espíritu.

No obstante, no solemos pedir tanto por el Espíritu.

Quien pide, aún debe esperar hasta que su corazón se vea preparado para asumir la grandeza del Espíritu.

El Padre nos envía a Jesús, quien viene con el pleno poder; nos prepara en el tiempo justo, aún poco comprendido por nosotros; pues recién entonces, podemos recibir al Espíritu prometido.

Cuando el corazón esté abierto para recibir al Espíritu, Él vendrá en la hora de la gran manifestación del Señor.

Será una Venida esperada, muchas veces anunciada, en la hora de la gloria del Señor.

El Espíritu inundará nuestra vida, quizás para siempre, por

una obra más grande de lo que solemos soñar.
Entonces, que venga el Espíritu a nuestras vidas.

Te pido, Señor, mi Padre, que me envíes a tu Espíritu.
Mis palabras son las que suenan, y no sé si mi corazón las
vive en la profundidad de mi ser.
Despierta mi corazón; aún crea una sed en mí.
Que me desespere; y que me lleves a clamar por Ti, con la
fuerza que tengo.
De esta manera, estoy seguro de que vengas.

3. ANUNCIEN LA BUENA NOTICIA

a. JESÚS NOS ENVÍA

Desde que encontró a sus discípulos, les envía.

Cuando le acompañan, ellos cumplen con las tareas y de este modo crecen; es que no deben separar la vida interior de la misión, en medio del crecimiento espiritual; en esas tareas viene la inspiración del Espíritu.

Ahora, esperan la Venida del Espíritu; permanecen unidos en la oración, porque la nueva misión los supera.

Los enviados aún aprenden, al verse enfrentados con las dificultades; si es que Jesús les instruye antes de partir, la realidad trae sorpresas; luego, aún analizan y oran; de esta manera, crecen en la misión aún más.

¿Qué tiempo necesitan ellos?; es bastante largo, y con las sorpresas que les llegan; no obstante, salen cada vez más confiados, dispuestos a responder a Jesús.

El camino de Jesús es para nosotros; de veras, necesitamos recorrerlo para renovar nuestro compromiso.

Al haber encontrarnos con Él, le dimos la palabra aún muy convencidos de que íbamos a cambiar el mundo; nos urgió una imperiosa necesidad de responderle.

Pero, ¿qué es lo que ocurrió en el camino?

Si no le respondemos plenamente, ¿qué pasó con la vida?

El primer tiempo con Jesús es impactante y nosotros, muy agradecidos, deseamos ofrecer la vida por Él, pero luego, algo nos frena y nos hace retroceder.

La vida es más compleja de lo que habíamos pensado, hay vivencias fuertes en el corazón; de repente, la realidad se nos muestra más exigente que el Proyecto de Jesús; y así, volvemos a la realidad anterior, cansados, y nos olvidamos de aquel primer impulso de la gracia del Señor.

¿Quién no lo ha vivido?

Quisimos cambiar todo el mundo y tropezamos contra las primeras dificultades en el camino, casi de sorpresa. Estuvimos seguros de nosotros y nos parecía tener un cielo abierto en esta tierra; pero fue sólo por un instante. No encontramos mucha respuesta, al contrario, la frialdad y la indiferencia frente a Jesús que nos había salvado. Entonces, al volver a nuestra casa, no sé si teníamos ganas de salir otra vez.

Fue ese tiempo para ir encontrándonos con Jesús, y seguir analizando nuestra realidad, las experiencias; el tiempo es necesario para crecer, porque de otra manera, no podemos seguir a Jesús, ni mucho menos, llegar lejos. Al principio, nos parecía que estábamos adelantados; pero Jesús nos hizo ver que íbamos haciendo los pasos como de un niño que empezaba a caminar; y fue bueno saberlo. ¿Pero quién lo comprendía en el comienzo?

Son esas experiencias en el crecimiento, que los cristianos deben ir asumiendo; es que del comienzo están abiertos a la misión, y la comunidad cristiana es la que les muestra las perspectivas; es como una luz que viene de Jesús. Lo que Él había hecho con sus discípulos, en el camino del crecimiento para la misión, lo debemos ir encontrando en la comunidad, y que no nos falte el discernimiento que viene de Él, para poder enfrentar las dificultades; es la fuerza del Espíritu, por la obra de Jesús hoy, aquí.

La comunidad vuelve al Camino que Jesús había recorrido con sus discípulos, aún recupera a un Jesús muy grande, el sostén de la vida y de la misión; entonces, empieza según el proyecto del Señor; y logra su misión, la de ir enviando al mundo a los discípulos de Jesús, y ellos crecen en la comunidad como los niños en las familias.

La comunidad debe recuperar la primera misión de Jesús, y que el Espíritu se exprese, siempre atento por su obra.

Y me pregunto una vez más: ¿qué camino he recorrido con Jesús, desde mi primer encuentro con Él?; ¿de veras, luché por Él y por su obra en el mundo?

En medio de mis fracasos, de las tareas apenas cumplidas, tú, Señor, me haces seguir lentamente; y me pones ante el compromiso que, en fin, es poder responderte en medio del camino que voy haciendo con Jesús.

¿Y qué puedes esperar de mí?; no quiero decir nada, ni me atrevo a hacerlo; no obstante, Jesús me envía una vez más; y me dice que debo esperar hasta que el Padre me envíe su Espíritu.

¿Cuánto tiempo me harás esperar?; hasta que mi corazón esté dispuesto a responderte, Señor; y mientras tanto, el Espíritu obra en mí, para que pueda cumplir con la Misión.

b. LA VIDA Y LA MISIÓN

La Buena Noticia toca el corazón, y lo va despertando.

El corazón ya está por abrirse; y el Señor obrar en medio de nuestra vida; es un impacto sorprendente, imprevisible. Jesús llega con el poder del Espíritu, casi invadiéndonos, y con un respeto jamás conocido.

Comúnmente, nos llega la Noticia, cuando la vida está en plena crisis; a la vez, aparece la Luz frente a la realidad. Entonces, la claridad del Mensaje es notable y, de repente, se abren el camino y la felicidad.

Por ahora, la vida aún no ve que el camino es largo, y debe vencer los obstáculos por todos lados, más en el corazón que fuera de nosotros; y como a las vivencias del corazón no las descubrimos tan fácil, nos confundimos más aún.

La misión es como el fruto de aquel primer entusiasmo.

Queremos compartir con Jesús, lo que hemos encontrado y lo que Jesús hace en nuestra vida, en la hora de la gracia. El Señor se vale del primer entusiasmo, que aún atrae a los hermanos, porque la vivencia es contagiosa. También, nos encontramos con los que nos dicen que no y nos cuesta aceptarlo, pero cada uno tiene su hora. El tiempo es del Señor; nosotros lo anunciamos, mientras respetamos la libertad, por más que el anuncio de la Buena Noticia esté más allá de la libertad del hombre.

Enfrentamos el mundo con la presencia de Jesús; y a Él, lo llevamos a los hermanos; mientras tanto, Él va resolviendo nuestra realidad; y como las dificultades aún repercuten en nuestro corazón, la misión nos ayuda a resolver nuestras crisis; existe como un hilo que une la realidad del mundo con la de nuestro corazón, y para ir superando la crisis del mundo, debemos vencer nuestro interior; y por eso, Jesús está muy comprometido con nuestra vida.

Sería muy importante ver la relación entre el corazón y el mundo, y cómo se condicionan los dos; si Jesús está por la misión, debe preparar nuestro interior; hasta que no logre resolver nuestra realidad, no somos libres para la misión. Las dificultades de la misión jamás terminan, pero estarán en otro nivel de la comprensión, y cuando Jesús supere nuestro interior; entonces, la misión se despertará de veras, en medio de un corazón libre para Él, en nuestra vida.

La inquietud por la parte espiritual no puede aislarnos de la misión, sino más bien, es la que nos impulsa a la misma; a la riqueza de Jesús en nosotros, la vamos transmitiendo cada vez mejor, con más eficiencia; a la vez, empezamos a ver las respuestas aún más profundas; ya no luchamos tan apresurados ni tan ansiosos como antes, pues mientras el Señor actúa, las obras son diferentes, tienen otro ritmo.

La vida se proyecta como Corriente de la gracia que pasa por nosotros, para poder ser llevada por el Espíritu hacia el mundo de los hermanos, pues ellos responden al Señor de nuestras vidas; y de repente, lo descubren con claridad; si la gracia del Señor es grande, cada paso por el mundo está lleno de sorpresas; Él nos asombra a cada rato con su obra.

Cuando la obra del Señor llega a cierta plenitud y la Buena Noticia se manifiesta aún más, y es la que viene por Jesús en nosotros, aún pleno del Espíritu, entonces, el Padre nos envía al mismo Espíritu para que llevemos la Noticia al mundo; este Espíritu nos hace ver cómo hablar y cuándo, por la luz que recibimos; y nuestra vida se proyecta como un espejo de la obra del Señor, frente a los hermanos.

Entonces, ¿adónde llegas, Señor?

Hace tiempo que escucho tu Noticia; si llega a mi corazón, te escucho, te siento, pero no sé si puedo decir que llegas a lo profundo de mi ser, y que tu Noticia halla la tierra para poder crecer, ser grande.

Es que aún, tu Noticia se queda silenciosa, frenada en mí.

¿Cómo te voy a responder en este tiempo que viene?

A pesar de mi corazón tan pobre, tú, Señor, alimentas mi esperanza de que algún día, llevaré tu Noticia al mundo; y me hablas del Espíritu que vendría por esa Noticia tuya.

4. YO HE VENCIDO AL MUNDO

a. TUS PALABRAS RESUENAN

Dijiste que ibas a vencer al mundo y esperabas la muerte; tan sólo tú lo comprendías, cuando tus discípulos estaban confundidos; entonces, ¿cómo resonaban tus Palabras: "*yo he vencido al mundo*", aquella noche?

Si ellos las escuchaban, es porque estaban atentos; no creo que les llegasen muy profundo, no obstante, estás ungidas con el poder del Espíritu, por aquel tiempo y para siempre.

Son Palabras que resuenan siempre.

La historia jamás se olvida de tu Mensaje; y aún aquellos que se creen vencedores, lo tienen en cuenta.

Tu Palabra crece en aquellos que, en tu Nombre, luchan por el lugar para Jesús en el mundo.

Si Él está presente, a la vez, está enfrentado; si el mundo se considera omnipotente, tú, Señor, lo vas venciendo.

Eres como una piedra que rechazan los albañiles, porque no entras en los cálculos del mundo; cuando te desprecian, aún más entregas tu Vida para servir a los hermanos.

Te espera la muerte, como un rechazo desde aquellos que no entienden tu misión, ni creen en el cambio que viene del Cielo, ni que tú puedes vencer el mundo para el Señor.

Te van rechazando cada vez más, para que te falte el lugar en la tierra; entonces, te cuelgan en la cruz y de este modo, muere el vencedor.

El mundo es fuerte, domina con mucha crueldad, pero, ¿te domina a ti, que vienes del Padre, o te dejas llevar?

Al tercer día, resucitas venciendo la muerte.

¿Te reconocen los que te llevan a la cruz?

De otra manera, ¿cómo se convencen?

¿Hay otros signos del Señor, para el hombre que no cree?

Tu Vida es hacer el bien; estás con el pueblo que aún te necesita, y si vienen a buscarte, les respondes con bondad. Aún, tu gran obra suele ser silenciosa; y sabes dar lo justo ante el dolor, el odio; vas construyendo una nueva Vida de paz, de amor; y así nacen las primeras flores en el mundo decadente; ¿quién podría comprender este mundo?

Mientras más bien haces, llevas más enfrentamientos que son muy tristes; y no sé si ayudan para que el mundo se despierte, y que vea bien tu obra; en aquel tiempo, quizás no, pero tu obra es eterna, para todos los tiempos.

Hay muchos que buscan su camino, y le cuesta asumir que puedes vencer el mundo, pues no hay otro vencedor, sino sólo tú, Jesús.

Los acontecimientos te conducen a la muerte, pero queda tu Palabra, la que el viento del Espíritu va llevando por el mundo; es el Mensaje que anuncia que tú vencerás.

Si hoy, tu Imagen aún no está clara, vas creciendo en los corazones de aquellos que entregan su vida en tu obra, en el mundo que necesita vivir tu Resurrección.

Los que eligen el camino del Espíritu, por la obra de Jesús en el mundo, si es que cumplen con la misión, no pueden esperar ni la comprensión ni el reconocimiento del pueblo, ni ser aplaudidos en las tribunas del mundo ni aceptados por muchos, porque la obra del Señor aún se escapa a los cálculos humanos, y si está reconocida cuando se hace el árbol, la pueden ver los que tiene fe.

Por esta obra, Señor, camino en el mundo; y voy llevando en mi corazón, tu misión.

Si la asumo, tu Espíritu inundará mi vida.

El Padre se ha comprometido a enviarlo para aquellos, que inician el camino de enfrentar el mundo.

Aún, me queda esperar al Espíritu, para estar con Jesús en su obra, que pasa por mi corazón hacia el mundo.

Jesús será el vencedor.

b. UNA PIEDRA RECHAZADA

Fuiste la piedra que iban rechazando, parece que no servía; así creían los hombres, no obstante, no tienen otro remedio que buscarte, porque sin ti, Jesús, no cierran la historia.

El mundo te necesita, aún aquellos que te rechazan en toda su vida, en algún momento, te buscan.

Y tú estás dispuesto como siempre.

Pero aceptarte, no es tan sólo agregar tu Presencia; no eres quien sólo se integra, sino que influyes en toda la vida; por eso, la transformas.

Con tu Presencia, transformas la realidad del hombre; pero antes, le das un nuevo fundamento; entonces, toda la vida recupera la seguridad y la fortaleza.

¡Qué distinta sería la vida, si recuperase el fundamento del Señor!; por hoy, muchos no se imaginan cómo cambiaría el mundo, ni siquiera lo sueñan.

Los que luchan por un nuevo mundo, viven en sí mismos la transformación que viene del Señor; entonces, llevan la luz para ver la obra del Espíritu en su interior, y ésa tiene la fuerza para poder proyectarse en el mundo, a la hora del Señor; y mientras lo vivencian de esta manera, el Espíritu Santo inunda sus vidas.

Es el camino de los cambios en el tiempo del Señor; para llevar la Obra en el mundo, Jesús llega a nuestro interior para reconstruirlo, y si lo logra, estamos preparados para salir al mundo en que nos toca vivir.

Quien no vive esa obra en su corazón, no lleva la gracia para enfrentar el mundo; y quizás, no puede esperar a que venga el Espíritu, pues viene por el cambio en las vidas.

Como la obra de Jesús es muy grande, los enfrentamientos serán aún más difíciles; y es lógico que sean así.

En medio de las luchas, vienen la luz y la comprensión.

Los enfrentamientos no son buscados; están asumidos con la plena comprensión que viene del Señor; si de ese modo, surge la misión, pasa por las luchas en medio de nosotros.

Es el mundo que reacciona contra nosotros.

Si el Espíritu nos sostiene, los enfrentamientos se vuelven violentos; cada guerra vencida es como un germen de una nueva fuerza contra la oscuridad; si todavía, vienen otros enfrentamientos, crecemos aún más, en la obra de Jesús.

Pero siempre está el Espíritu que asiste e inspira.

El día de la Venida del Espíritu, Pedro habla de un Jesús rechazado por el pueblo; aclara que este Jesús es la Piedra angular de una nueva Construcción en el mundo.

La Construcción es del Señor, y nadie puede vencerla.

Algún día, el mundo será sólo del Señor.

Mientras tanto, seguirán enfrentamientos, se verán muertes de los elegidos, y tantas vidas entregadas por el Mundo que viene de los Cielos.

En esta obra estoy en algún rincón de la tierra.

Llevo en mi corazón a Jesús por la vida del mundo.

Mi vida se va transformando en medio de esta lucha.

Donde estoy, voy luchando por Él.

Presiento que el Espíritu me inunda, y lo espero más aún.

Y si lo espero, Él viene; pero el compromiso será mayor.

Hoy, debo anunciar a Jesús.

Si el mundo lo rechaza, no lo puede lograr para siempre.
Si quiere enfrentarse con Él, se gastará aún más.
Debe reconocer a Jesús, porque no existe otro camino para
el hombre y el mundo; y es el Señor que viene a salvarlo.
A ese Camino lo estoy anunciando; y si recibo la luz del
Espíritu, la Palabra es muy fuerte.
La Palabra provoca reacciones; espera hasta que el hombre
responda, porque el Señor lo espera.

5. YO RUEGO POR ELLOS

a. EL SEÑOR PROTEGE SU OBRA

Me detengo, cuando hablo de la oración de Jesús; es que me cuesta tener su imagen clara.

Su manera de orar es estar con el Padre; y su vida es igual, la comparte con su Padre celestial.

Entonces, ¿dónde termina la oración y empieza la vida?

¿En qué momento ya ceden las tareas para quedarse con la oración?; pues, Jesús prevenía el espacio sólo para orar.

Sin ninguna duda, la oración es estar cerca de la fuente.

Jesús se nutre en la Fuente, permanentemente, pues el Hijo de Dios aún necesita alimentarse, al recorrer el mundo que lo fatiga, cansa y desgasta.

La oración atrae la frescura de la vida; es la manera de lograrla, al caminar en el mundo, orando; y el que sabe recuperar la Vida del Señor, ha aprendido a vivir.

¿Por qué Jesús ora por sus discípulos?

Es un modo de ayudarles, un gesto fraterno; mientras ellos aún no hallan la Vida por medio de la oración, intercede por ellos ante su Padre.

Los hermanos, en ciertas circunstancias, no saben llevar la voz a los cielos, a veces, ni siquiera una palabra; pero allí, hay otros hermanos que los sostienen hasta que reciban luz y recuperen fuerzas que necesitan; entonces, orar es hacer una obra de caridad.

En muchas situaciones, la oración de Jesús calmaba a sus discípulos frente a las confusiones e inseguridades.

Él aquietaba sus corazones desesperados; una vez, con la palabra, otras veces, al orar por ellos; y entre su palabra y la oración les hacía crecer.

Si el mundo presiente la obra del Señor, aún sabe buscar su destrucción; y cuando la obra es muy pequeña, sale a enfrentarla y la quiebra, si no está protegida por el Señor. Por eso, es importante pedir su protección, que Él vigile la vida; hay que intuir al enemigo que no duerme, aún atento para destruirla.

Tantas veces, nos hemos olvidado de pedir al Señor, que proteja su obra en nosotros, ni hemos buscado luz para ver la necesidad de protección divina; por eso, hemos vivido los destrozos dolorosamente.

La vida podría estar cuidada como el niño en los brazos de la madre; estaría como envuelta en el calor de su casa, con la estufa prendida en pleno invierno del mundo.

Hay que cuidar la vida para que crezca; el mismo Señor se ocupa de ella, de día y de noche, si lo pedimos; y creo que también, cuando presiente que lo esperamos.

La oración es como la vigilancia; es buscar al Señor para que la vida nazca, y que la cuide mientras ella crece.

Jesús oraba por los discípulos, cuando ellos aún no veían el valor de la oración; pues, se la reconoce por los frutos; si la vida sabe enfrentar los obstáculos, es porque el Señor se afianza en nosotros; así Él nos sigue transformando.

No hay crecimiento en medio de la misión, sin orarla.

Mientras los discípulos cumplen con sus tareas, Jesús les acompaña con las oraciones; y luego, al volver, esperan su palabra y aún más, presienten la necesidad de orar por lo que vivieron, porque la oración ilumina la realidad, hasta la difícil, y el Señor la transforma, dándole un sentido real.

Y así hasta el fin, Él oraba por sus discípulos.

¿Qué hubiese sido de sus vidas, si Él no orase por ellos?

Parece que no hubiesen podido llegar al Cenáculo, pues,

se hubiesen quebrado ante la primera dificultad; creo que no le hubiesen acompañado sin esa protección. Entonces, ¡es misteriosa la obra del Señor en la vida de los discípulos!; ¡de qué modo Jesús la sostiene en ellos!

b. JESÚS ESTÁ DENTRO DE SU MISIÓN

La misión de Jesús está envuelta con su oración; y es igual con todas las decisiones tomadas por Él, anticipadas con oraciones nocturnas; por eso, cuando los discípulos ya descubren su tarea, inician una vigilia de oración; no empiezan la misión, antes de ver al Espíritu prometido. Pues, lo que es del Señor, solemos recibirlo orando.

La oración de Jesús está en el aire de su misión; también, cuando toca nuestros tiempos; y Él sigue orando, cuando nos prepara para la obra que nos encomienda, y ora en nosotros por la Venida del Espíritu.

Resguardemos la actitud de Jesús, quien sigue orando por su misión, cuando prepara los corazones, pues, Él está en nuestros pensamientos elevados al Señor.

Si nos preparamos para la misión, Él está en la vigilia, ora con nosotros; para eso ha venido al mundo.

Dice que nos ha elegido; Él cuida nuestros pasos, mientras nos promete al Espíritu que viene del Padre.

La oración de Jesús nos da la plena seguridad, para poder enfrentar las dificultades que trae la misión.

Hoy, las podemos ver y valorar hasta los sufrimientos por Jesús; si la misión los trae, Él nos cuida con su luz.

Al llegar aquí, nos comprometemos una vez más; y Él está en el compromiso, como lo hizo por sus discípulos.

¡Qué grande es sentir que Jesús ora por nosotros, mientras esperamos al Espíritu que viene a la comunidad!

Su oración lleva la gracia que nos despierta para orar con más vida, con más calor.

No creo que podamos orar bien sin su ayuda.

Si nos quejamos que no sabemos orar, aún no asumimos a Jesús, más bien, Él no ora plenamente en nosotros.

Si nos cuesta abrir el corazón, pidamos a Jesús que lo haga por la obra del Espíritu siempre atento.

La oración de Jesús en nosotros, nos abre a la vida.

El Señor entra como una ola que nos inunda, enfrenta la realidad y consecuentemente, nos abre a la misión, pues la vida transformada por Jesús, se abre; y mientras oramos con Él, el Espíritu nos espera.

Con Jesús, nos abrimos hacia los hermanos y aún, el Señor prepara el camino para sus corazones, nos conduce su paz.

Es válido orar por los hermanos, antes de la misión, para presentir el clima de recibimiento; es que la oración calma de un modo inexplicable; en esa obra está el Espíritu; Él lleva la oración de Jesús a los corazones.

Mientras espero la Venida del Espíritu, voy orando; y está Jesús que sigue orando en mí; es la hora de la gran gracia y de mucha esperanza; ¿y qué esperas de mí, Jesús?

Si vuelvo a tus discípulos, a la Palabra que les diste en el Cenáculo; ¿por quién la dices, si la tengo presente?

Si pienso de este modo, me asusto, no obstante, tu Espíritu me anima a seguir buscando.

¡Qué grande es el Señor en mi vida!

Fortalecido con tu oración, deseo llevarte a todas partes.

Me animas a enfrentar las dificultades; si unas vienen, es porque mi corazón es débil, y otras, porque el mundo está mal, lejos del Señor; si aún creo saberlas enfrentar, porque tú estás.

Deseo luchar cada vez más por ti, Jesús, en el mundo que
vas venciendo en tu tiempo.
Aparecerá el tiempo tuyo, Jesús, y yo estaré contigo.
Eres la gracia más grande de mi vida.

6. ELLOS NO SON DEL MUNDO

a. EL TRIGO Y LA CIZAÑA

Caminamos en medio de los mundos y aún, en el mundo que no desea pertenecer al Señor; es lo que nos toca vivir. ¿Se acuerdan del trigo y la cizaña que crecen en el Reino del Señor?; pues, lo que nos toca hacer es buscar la plena visión de la realidad; es porque las fuerzas del mundo nos llevan; con frecuencia nos sentimos indefensos, nos vemos sorprendidos, cuando estamos lejos de las costas.

Al hombre le cuesta discernir hasta qué punto esas fuerzas influyen en él, cuando su vida está confundida con ellas, y por eso, es difícil transmitirle el camino que enseña Jesús. Si bien, el Señor entra en la realidad, como la misma está contaminada, le cuesta hallar el propio espacio para que lo escuchemos; frecuentemente, su Voz se queda perdida en medio de las confusiones del hombre.

Las fuerzas oscuras iban aportando mucho para cambiar el pensamiento y el corazón del hombre, a la vez, aún iban transformando al mundo. Y no son el hombre ni el mundo proyectados por el Señor; si bien, en su corazón, llevan los principios del Cielo, las fuerzas contrarias logran llegar a lo más profundo del espíritu; hoy, el espíritu del hombre y la vida del mundo están ahogados; ¿y quién lo entiende?

¿Qué quiere presentarnos Jesús, qué es lo que representa el cristianismo ante el mundo en que vivimos?; ¿nos trae la siembra del Señor, y las vidas encontradas por Él, aún transformadas por Jesús ungido con el Espíritu?; pues, a esas vidas las debemos entregar en el mundo. ¿El mundo las reconocerá?; si son auténticas del Señor, sí; pero el mundo aún tendrá su tiempo para enfrentarse, pues la luz se enfrenta con las tinieblas, el bien contra el mal, el

Señor contra las fuerzas contrarias a Él; y en medio del mundo, viven los comprometidos por Jesús.

Mientras la vida tiene claridad de la obra del Señor, está muy expuesta frente al mundo; y el enfrentamiento viene solo, ni siquiera hay que buscarlo; de este modo, Jesús sigue entrando en la vida.

El enemigo entra en plena guerra y debe ser enfrentado; si algún día tendrá su fin, ahora, nos lleva a los conflictos; y es Jesús Quien provoca los enfrentamientos, pues hay que asumirlos, mientras nos llegan la paz y la luz del Señor.

Los cristianos, con frecuencia, ven los enfrentamientos y luchas entre el bien y el mal, pero no saben enfrentarlos, porque la luz viene del Señor, el tiempo es de Él, y los frutos son suyos; estamos en medio de su obra; si sabemos verla con su luz, aún compartimos los acontecimientos que superan nuestra capacidad de ver y de comprender; es una verdadera obra del Señor.

Jesús habla del trigo y de la cizaña, expresa el tiempo y la obra del Señor en medio del mundo; Él siembra el trigo, y el enemigo hace lo suyo, aún de noche; la cizaña crece en la tierra del Señor, y estará reconocida ya bien crecida.

¿Y cómo enfrentamos la realidad?; pues, hay tiempos para ella en el Proyecto del Señor; y Él está aún más allá de los proyectos del mundo y del mal; en fin, el mal es un misterio más, pero será vencido por el Señor.

¿Por qué Jesús deja que crezca la cizaña?; Él dice que es por el trigo; no se lo puede perturbar antes de dar frutos.

Entonces, seguirá acompañado de la cizaña hasta el día de la cosecha; luego el Señor compromete a sus enviados a recoger el trigo, y que lo separen de la cizaña; y de ese modo, el Señor halla el trigo limpio, como en aquella hora

de su primera siembra y quizás, más puro aún.
¡Qué misterio de la vida del mundo y del hombre!

En ese mundo entra el Espíritu del Señor, pues está en la Creación y en la hora de la reconstrucción, en medio de un gran movimiento de la vida.

Si el mundo y el hombre se habían ido lejos del Señor, el Espíritu encuentra modos y tiempos para reconstruirlos; y su obra supera todos los proyectos que conocemos.

Aún el Señor envía a sus elegidos que no son del mundo, y están presentes en su obra.

b. EL ENFRENTAMIENTO

Al hablar de los enfrentamientos, no debemos descuidar la realidad del bien y del mal; es que en cada uno de nosotros hay algo de trigo y de cizaña.

Jesús proyecta la humanidad, en medio de los cambios en el corazón del hombre; y si el corazón está en esa tarea, ya no es pequeño.

Parece que los cristianos salen desprevenidos, al enfrentar el mal del mundo, antes de vencerlo en su propio corazón.

La presencia de Jesús en nosotros, es como la siembra del Señor que proyecta un gran crecimiento.

Si Jesús llega a la vida, a la vez, nos permite experimentar las vivencias que nos sacuden en lo profundo del espíritu; aún inquieta ver los enfrentamientos que pasamos, cuando Jesús obra en el corazón; es que, de este modo, transforma nuestra vida con el poder del Espíritu.

A esa experiencia de las guerras, es bueno guardarla, aún recordarla con gratitud; es que en ese mundo no logramos desprendernos totalmente de la fuerza del mal, sí podemos llegar a cierto dominio que viene del Señor, y la vida se pone más calma.

La cizaña sigue invadiéndonos, y si nos descuidamos, aún se afianza, pero Jesús es más fuerte para poder enfrentarla; así, podemos ser testigos de una lucha casi permanente.

Cada enfrentamiento, si es que logra vencer la cizaña, es un nuevo crecimiento; de este modo, la Vida del Señor se robustece en el interior; ya no es tan frágil como antes, ni se asusta de las fuerzas que intentan penetrarla.

No obstante, si el Señor vence el mal en nuestro corazón, mañana nos encontramos con una nueva sorpresa; y esta vez, nos espera un enfrentamiento aún más difícil y Él, que ha vencido tantas veces en nosotros, vencerá una vez más, si ponemos toda la confianza en el Señor.

El hombre suele quebrarse ante la invasión del mal, pues confía en su fuerza; pero si el Señor obra, Él sabe resolver nuestros conflictos; no nos lleva por un camino fácil, ni da soluciones rápidas, porque su actitud viene por un cambio en el espíritu.

Al poner la confianza en Él, nos inspira en las luchas que nos tocan, nos da luz para soportar el dolor, las penas; nos despierta para poder asumir los esfuerzos en medio de un verdadero crecimiento.

Jesús no nos habla de una espiritualidad cualquiera, sino que sigue implantando una vida espiritual muy profunda; y su presencia es fundamental en el crecimiento lleno de los cambios, hasta que se afiance su Vida plena.

Él propone el camino para sus seguidores, aún marcado de sacrificios, a la vez, nos conduce a la felicidad; y mientras sufrimos en medio de la obra del Señor, Jesús está atento, transformando nuestras vidas.

Desde una vida hallada en Jesús, que enfrenta el mal, se abre la perspectiva de nuestro lugar en el mundo.

Los discípulos llevan la verdadera visión de la misión que les toca, luego de lo que han vivido con Jesús, de recorrer el camino con Él, al ver sus corazones ya transformados; y ahora, en el Cenáculo, tienen claro que deben enfrentar al mundo; pero, ¿cómo?

¿Cómo ir enfrentando el mundo?

Quizás, ir ganando los corazones, como lo hizo Jesús con ellos, con el poder del Espíritu; quizás, predicando ante las multitudes, despertando reacciones en el pueblo.

Cuando el Señor está en el mundo, las fuerzas del mal se unen para enfrentarlo, y no pueden tolerar esta presencia; se crean enfrentamientos que llevan al sufrimiento y aún, a la muerte, pero luego todo resucita y la obra del Señor se proyecta aún más grande.

Está claro que viene el Espíritu, pues sin Él, el esfuerzo sería inútil; sería un tiempo perdido, de desgastes.

No sé si la obra de Jesús en nosotros, ha logrado realizarse de modo, que podamos enfrentar al mundo como el Señor desea hacerlo; ojalá, el crecimiento interior corresponda a la Venida del Espíritu.

Y cuando Jesús culmine esa preparación en nosotros, Él anunciará la Venida; será un gran tiempo del Señor, en nuestra vida.

7. QUE TODOS SEAN UNO

a. DESDE EL SEÑOR

En uno de los cantos, que es sencillo por su letra, pero lleno de vida, san Francisco cuestiona al hombre frente al lobo; quiere saber por qué el lobo se hizo malo, en qué le había fallado el hombre, pues según Francisco, el lobo no fue así, pero se hizo feroz por lo que le había pasado. Ese modo de pensar nos lleva a buscar la unión entre los seres; y en ese proyecto está Jesús.

La Imagen de la Vida que nos trae Jesús, crea el principio de la Unión en medio del mundo dividido, de los hombres distanciados, que llevan la gran crisis entre todos los seres. Jesús, el Hijo de Dios, es el fundamento de la Unión del Padre con los hijos que caminan por la tierra; es que todos pueden lograr ver que son sus hijos, mientras obra el Espíritu.

La Imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu, abre en Jesús el camino del reencuentro y de la reconciliación entre toda la Creación del Señor.

Esta Imagen del Señor está en lo más profundo de cada ser humano y en la Creación entera; sólo hay que encontrarla. Entonces, al llegar a nuestro corazón, aún descubrimos los principios del Señor; y si Jesús viene, no sólo ve la Imagen perdida en medio de las cenizas, sino que aún procura restaurarla y hacerla aún más fuerte.

Hasta que no veamos al Señor en los cimientos de nuestro ser, ni a Jesús que se inclina profundamente ante nuestro espíritu para despertarnos, no podemos soñar con la Vida.

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, en Jesús, se despierta la Vida en plena armonía consigo misma, pues viene del Señor para enfrentar nuestra realidad confusa y

dispersa. Si Jesús está en nosotros, en cierto momento, aún percibimos la armonía de nuestro ser; y la Vida se expresa como el nuevo crecimiento implantado por Jesús; a la vez, empezamos a sembrar los principios de la unión que viene del Señor.

Mientras el hombre busca por su cuenta cómo resolver sus crisis, queda aún más dividido y más confundido.

En la medida en que el espíritu vive unido al Señor, esta gracia se expande en la realidad; y es como el fruto del encuentro con el Señor y con nosotros mismos.

Las crisis se van superando fundamentalmente, en la unión con el Señor.

A esta Unión se va a ver en todas nuestras expresiones.

Nuestra palabra será distinta y nuestra actitud será nueva; siempre sembrarán la unión del Señor.

En nuestro corazón aún se abrirá una corriente; por donde caminaremos, sembraremos la obra del Señor; y unidos al Señor y al mundo, estaremos como flotando en medio de la gracia, que irá expandiéndose adónde alcanza la mente, el corazón y el espíritu.

Nos cuesta creer hasta dónde alcanzamos con el corazón, unidos profundamente al Señor; y cómo Él nos incluye en la misión de Jesús; pues su obra suele ser grande, aún pasa por nosotros, para llegar al mundo y a los hombres.

En este movimiento de la gracia nos encamina Jesús lleno del Espíritu de Vida; sin embargo, la obra del Señor suele estar como escondida; por eso, la vemos poco y a veces, tan sólo la presentimos.

Jesús entró en mi corazón e inició su obra.

Mi vida ha quedado encaminada en su misión.

Jesús salvó mi vida, y la encontró en el Señor.

Ahora, camino por donde Él indica mis pasos.
¿Qué querrá Jesús de mí?
Si estoy por la nueva Imagen del mundo, aún no entiendo del proyecto del Señor; tan sólo busco la obra de Jesús.
Presiento que el Espíritu está sobre mi vida.

Él obra más allá de mi comprensión; y yo le entrego mi vida; si la puse al servicio del Señor, es porque Él me había inspirado.

Por hoy, camino con el proyecto de Vida; mientras llevo la misión de Jesús, nada me detiene.

Si Él me había elegido, le agradezco de corazón; tan sólo voy llevando al Señor a todas partes; con este pensamiento pasan los días de mi vida; nada me detiene, y sólo sigo caminando.

b. LOS PRINCIPIOS DE LA HERMANDAD

Lo que decimos sobre la fraternidad, debería surgir desde lo que enseña Jesús, pues Él viene con la plena inspiración para el Mundo del Padre y aún, como obra del Espíritu; no obstante, un corazón encerrado podría proyectar alguna fraternidad, más bien desde la pobreza humana, no desde Jesús; de esta manera, programamos algunas cosas y si las logramos, suelen es limitadas.

Hasta que Jesús no nos transforme en nuestro interior, no podemos proyectar lo que Él espera de nosotros.

El corazón muy confundido lleva cosas que lo desvían del Señor y consecuentemente, de la misión.

La hermandad nace de un corazón sano; es una necesidad de un corazón libre, servicial, puro, abierto para el bien y a la transformación, ante todo, es una expresión del Señor.

Jesús empieza a hablar de la hermandad y ve a los que, al escuchar su Palabra, se van despertando.

No es una cosa cualquiera; es el corazón que vibra con la gracia del Señor, con su paz y su amor; y a esa grandeza de la Vida la llevamos a los hermanos.

Nuestro corazón no se ilusiona; si de veras, lleva al Señor, contagia con la grandeza del Padre; ya sabe cómo llegar al corazón del hermano con la Gracia y, de este modo, surge para ir conquistando a los corazones uno por uno.

El Evangelio nos habla de un nuevo nacer, no como nacen los humanos, sino es un resurgir del Espíritu; llegamos a ser hijos del Padre y hermanos entre nosotros, en Jesús, el Hijo del Padre y nuestro Hermano mayor.

¡Adónde nos lleva el Señor con su gracia!; pero ella debe repercutir en nosotros y aún, debemos sentirla y vivirla plenamente; pues lo que nace en el corazón, se expresa en cada actitud con mucha transparencia.

Jesús da los principios a su primera hermandad; si bien, su Palabra, su Vida de Hermano es importante, pues es como un fuerte Viento del Señor en medio de la humanidad, igual, Él inicia una Hermandad que sería como el germen, como una levadura en el mundo; y es lo que presentan los discípulos.

Además, Él quiso que la hermandad fuese el signo de su misión, y que hablase de Él como enviado del Padre, de modo que, si no hay verdadera hermandad, no se cumple la misión de los enviados por Jesús.

Y la palabra comunidad trata de las realidades en común; entonces, comencemos por el Señor, por Jesús presente en las vidas, por el Espíritu que está por venir, que el Padre nos envía; y también, que somos sus hijos predilectos.

Todo es muy grande, nos une y llena de gozo, porque aún las cosas materiales toman su lugar desde que el espíritu queda inundado con el Señor. Pues, los corazones llevados

por Él, ya rigen las vidas, y los bienes materiales se ponen al servicio de lo espiritual.

El Espíritu Santo entra en nosotros, según la capacidad de nuestro corazón y la misión encomendada por Jesús; y nos ponemos para servir a la gracia, en la misión ungida con el Espíritu; si todos recibimos de Él, cada uno recibe según su identidad, como las plantas, las hojas y las flores, que son distintas; y aún, nuestro corazón contempla lo que es para nosotros, lo irrepetible.

¡Es tan misterioso el Señor en nuestra vida!

Los dones del Espíritu nos vienen según la capacidad de los corazones abiertos para la comunidad; se expresan de distintas maneras, pero son para un armonioso crecimiento en la comunidad de Jesús, pues la enriquecen y la abren hacia el mundo.

Hay cierta armonía en la gracia del Espíritu, y la sentirán todos; si es que pedimos por ella, no nos olvidemos dónde la estamos pidiendo; pues si recibimos la gracia, también la recibe la comunidad; en ella nos acompañamos.

Volvamos al Cenáculo, para ver cómo están los discípulos de Jesús, su comunidad que espera la Venida del Espíritu.

Ahora somos nosotros, los que pedimos la gracia.

¿Qué hará el Señor de nuestras vidas?; si bien, nos abrirá hacia el mundo, crecerán los vínculos entre nosotros, seremos aún más unidos, más hermanos y, de este modo, la misión será fructífera; que así sea.

8. ¿ME AMAS MÁS QUE ÉSTOS?

a. ¿QUIÉN AMA MÁS?

¿Quién no sabe el contexto de la pregunta de Jesús?

Es un texto único en el Evangelio; Jesús se dirige a Pedro, luego de muchas vivencias compartidas, y de recorrer un misterioso camino para Pedro, lleno de gozo y de fracasos, en medio del dolor y del crecimiento.

Al fin, Jesús le hace esa pregunta antes de encomendarle la misión; y Pedro va a apacentar el rebaño de Jesús.

¿Quién ama más, quién ama menos a Jesús?

¿Hay alguna manera de saberlo?

Si Jesús me preguntase a mí, ¿qué le diría?

Muchas veces me hice la pregunta, sin ver a Jesús delante de mí, ni que me presionase, no obstante, no logro tener la respuesta; sé que deseo amarlo por sobre todas las cosas y las personas; pero, ¿quién ama más?

De veras, quisiera amarlo cada vez más; es mi deseo que guardo en mi corazón.

El amor es más bien, la respuesta por lo que es Jesús en nuestra vida; y Él viene como una Corriente de Amor; es el Agua pura que llega de las alturas del Señor; si la vida lo asume, se transforma, y se despierta en ella, el amor.

Aún se lo ve, cuando Jesús dice a sus discípulos: *"ámense unos a otros como yo os he amado"*; y es su amor que despierta el corazón, e inicia los cambios en medio del amor del Señor.

El corazón ama más, si asume el Amor de Jesús; si bien, cada esfuerzo es importante, la gracia es la que promueve los cambios; y el hombre sólo hace los pequeños pasos, luchando por amar, pero la gracia es del Señor.

Cuanta gracia tanto amor; somos como instrumentos que

responden según su propia sensibilidad, mientras el Señor llega a nuestro corazón; y cuando la vida se ve tocada por Él, empieza a vibrar con el Amor; es como la respuesta del instrumento en las manos del Señor.

Hay cierto misterio; lo que no siempre tenemos en cuenta, es que aquellos que hablan mucho del amor del Señor, comúnmente llegan a Él, luego de las luchas, confusiones y fracasos, en medio de sus vidas perdidas y quebradas.

Aquellos que aún habían fracasado, al pasar por caminos oscuros, y casi sin salidas, justamente ellos, después del reencuentro con el Señor, son los que hablan más del amor y de Jesús, y parece que hasta lo aman más; es lo que nos sorprende, pues nos cuesta aceptar que aman más al Señor.

Cuando nos fijamos en la vida del hijo pródigo, parece que hasta el Padre es como si lo amase más; y no creo que sea así, porque el Padre es bueno con los dos hijos, porque es como el sol que es bueno para con todos, y como la lluvia que no hace diferencias; sin embargo, la vida del hijo pródigo es como si se abriese más ante su Padre.

Quizás, porque lo necesita, siente su ausencia y sufre; por eso, está abierta para recibir la bondad y la comprensión; y en esas circunstancias, el amor que le llega, le hace vibrar.

El Señor expresa permanentemente el amor; es como con la madre que cocina y lava; se expresa amando, mientras que sus hijos no siempre lo ven ni están agradecidos; pero nos llega la hora de abrir los ojos; y luego nos viene la luz, si es que sinceramente la buscamos.

Hablamos de la madre que no abandona a sus hijos; no obstante, el Padre en el Cielo es más grande aún; y cuando estamos con Jesús, se nos abre la bondad del Señor frente a nuestro corazón.

En el camino del Señor, están aquellos a quienes Jesús, en algún momento de su vida, les va a preguntar si aman más; pero antes, les va a dar un tiempo para poder responderle; si contemplan el gran amor en su interior, van a nacer las respuestas, pues ellos serán fortalecidos por el Señor. ¿Acaso saben por qué Jesús les hace esa pregunta?; y Él lo hace, mientras promueve otras cosas; aún tiene algo más, previsto y contemplado; parece que en su Corazón nace el proyecto; y tan sólo los que aman más a Jesús, deberían estar en una Misión aún más importante.

Se encuentran las dos miradas, tiernas, llenas de amor; en ellas se reflejan los corazones; pues, Jesús ve el Amor del Padre en el corazón de Pedro, aún lo quiere compartir con Pedro agradecido, y Pedro mira a Jesús pleno de Amor, de este modo, lo comprende aún más; y mientras tanto, lee su misión en el corazón de Jesús.

Entonces, Pedro cumplirá la misión encomendada.

b. LA MISIÓN DEL AMOR

Con tan sólo oír *¿me amas más?*, se despierta el corazón, y crece el amor del Padre, en la vida que lo asume; porque la Palabra de Jesús, con su tierna mirada, inicia un gran movimiento; es tan fuerte que nos conmueve, como el sol que abre las flores de la mañana; es el Amor que abre la vida.

La vida se despierta con el Amor del Señor, se pone en un movimiento.

El Amor recorre por todas partes, se hace oír, sentir, aún moviliza y une las fuerzas perdidas; ¿quién no lo sabe?

Si el Amor toca mi vida, mi corazón renace; y si empiezo a amar con el Amor que me llega, amo a mis hermanos.

Entonces, iré con el Amor gritando a los vientos; ¿adónde puedo llevarlo y con quién compartirlo?

El Señor ama tanto al mundo que envía a su Hijo con el Amor del Padre; este Amor pleno del Espíritu llega a los hombres; y ahora, promovidos por Él, llevamos el Amor a los hermanos.

Entonces, la misión nace iluminada, a pesar de que cueste llevarla, y haya que sacrificar muchas cosas; pero es la misión del Amor.

Lo que nace del Amor es muy grande; la actitud vale por lo que lleva en su interior; si el Amor nos impregna, el corazón sigue en el camino; y es para poder compartir con el Señor, pues, todo es válido e importante.

Por eso pregunto: ¿cuánto Amor contienen mis actitudes?; ¿cuánto Amor llevo en la misión del Señor?

Con el Amor llego al corazón del hermano, me comunico con él; le llevo la Noticia del Padre; soy como un huésped bienvenido a la hora esperada.

Mi hermano se alegra profundamente por este Mensaje; y yo también gozo de ser enviado por el Señor.

Mi vida recorre con la Gran Noticia.

No tengo otra cosa que decir, ni tengo otra palabra.

Mis hermanos me miran, se fijan en mi corazón.

¿Qué es lo que están leyendo?

Pues, si mi corazón viene pleno del Amor, estoy salvado, porque mi misión tiene sentido.

Pero si no lo hay, ¿para qué mis palabras y esfuerzos?

¿Qué valen las cosas sin vida?

Jesús se vale de mí; Él me envía; me salvó e impregnó mi corazón con el Amor; hizo que mi vida se despertase hacia el Padre; hoy, ya camino con mis hermanos sembrando el Amor.

Veo que Jesús despierta los corazones; es grande lo que Él hace, y usa mis manos, mis labios, ante todo, mi corazón. El Amor del Padre que nutre a Jesús, su Hijo, pasa por mi corazón y llega a mis hermanos; y ellos lo ven.

En esta misión paso los días de mi vida.
El Padre me manifiesta que soy su hijo amado; así puedo llegar al pueblo con su palabra llena del Amor.
Ya el Espíritu está sobre mi vida ungiendo cada gesto mío; es el Espíritu de Amor, nada es mío en ese camino.
Estoy con el Señor y mi gozo es grande.

Ven, Espíritu, a las vidas que son como tierra sin agua.
La sed del pueblo es grande, hace tiempo que no llueve.
Cuando los corazones se tornan insensibles, pues no hay vida ni esperanza, ven, Espíritu de Amor.
¿No es la lluvia que comienza el cambio?
Luego el Padre siembra la Vida de Jesús; el Amor viene al mundo y a nuestras vidas.
Tantas veces, nos hemos olvidado de ti, no obstante, obras en nosotros; porque sin ti nada comienza ni llega a su fin.
Estás en nuestra vida, pero Te veo hoy.
Ven, Espíritu, por la misión de Jesús; así será grande.
En fin, el mundo amará más y será feliz.

9. TU SÍGUEME

a. UN LLAMADO RENOVADO

Es un nuevo llamado para seguirle a Jesús.

Desde aquél primero, pasaron muchas cosas en la vida de Pedro; todas fueron muy importantes para el crecimiento; ahora, parece que Jesús lo pone a Pedro como en una nueva dimensión del mismo llamado; porque la vida sigue creciendo y se abre a las nuevas perspectivas.

¿Adónde Señor, llevas mi vida, si te voy respondiendo?

Es la pregunta que me hago.

Pedro comenzó en una pequeña barca; y la abandonó casi espontáneamente, al escuchar a Jesús, quien le dijo que le siguiese; ¿por qué le respondió?; ¿quién lo comprende?

Jesús le dice que será pescador de hombres; pero, ¿cómo, y cuándo?; no obstante, responde a Jesús por una luz que quizás, no sabe cómo le llega al corazón, tan hondamente.

No le queda otra palabra que decir que sí; con el sí seguro frente a Jesús, sin saber por qué ni adónde.

Así se abre un camino que lo va a llevar; si hoy comienza; ¿qué será de su vida?; ¿será pescador de hombres?

Pasan los días y Pedro le acompaña a Jesús; y ve muchas cosas; es el Señor que le hace ver; si es que razona, el Señor lo ilumina aún más; de ese modo, crece en la gracia. Esa gracia es grande y Jesús, a cada instante, fijándose en él, como contemplando su vida, mirando lejos; las miradas llegan lejos; y no sé si Pedro las alcanza; creo que por ahora no, pero las presiente; con más razón, sigue a Jesús.

Vio muchas cosas; también vio marear el pueblo.

Antes miraba las olas tocadas por el viento; ahora ve cómo el Espíritu moviliza al pueblo que viene y se va, pero aún responde de un modo inexplicable, pues el Viento lo lleva

con mucha fuerza; el pueblo presiente lo que sería grande.
Todavía le suenan las palabras de Jesús: "*serás pescador de hombres*".

¿Quién eres, Jesús?, pregunto en el camino.
Te sigo, al intuir que así debe ser; y es un presentimiento que vale más que mi vida; pero, ¿quién eres?
Hace tiempo que me pregunto; aún te miro, y veo lo que haces; porque es cada vez más grande para mí.
¿Quién eres, Jesús?
¿Por qué pregunto tanto?
¿No será que tú mismo estés en mi corazón?
Una vez más, siento la pregunta que nace en mí, pero la dices tú, Jesús; hasta me asusto.
Aparece la luz, es muy grande; me dice cómo contestarte; entonces te lo digo.
Y llega la paz, se calma mi corazón.

Entonces escucho mi nombre, que me has puesto.
Es muy grande lo que me dices; ¿puede nacer una obra tan importante en medio del mundo y de los hombres?
Mi nuevo nombre es una piedra que soportará la marea de los pueblos, frente a los vientos de la historia.
¿Es tan grande mi nombre?
Entonces, ¡qué misteriosa es tu obra!; tan sólo quise ser pescador de hombres; y eso fue mucho para mí.
Cuando Jesús habló de un grano de mostaza, aún soñé en un árbol crecido; en sus raíces estaban Jesús y mi nombre; me atreví a pensar y a soñar.

Esta vez, me tocan cosas tristes.
Escucho atento y Él habla del camino a la muerte.
Mi corazón no aguanta, ¿cómo puede ser?
Y Él me mira y me dice; saben lo que me dice.
¡Cómo me cuesta entender lo que habla de su muerte!

Luego, Él me contesta.
No obstante, así sabe reaccionar mi corazón.
Después, Él me lleva a la montaña a orar; allí, se calma el
Agua del Señor en mi vida, que siempre fue muy pobre.

Comprendí que debía seguir a Jesús hasta la muerte.
Estuve dispuesto a luchar, a morir por Él.
Aún encontré una espada, ¿y para qué me sirvió?
Jesús me reprendió una vez más; yo escondí mi espada.
Pero no supe caminar tras Él, en aquel tiempo de dolor.
Me quedé con mi llanto muy amargo; quise seguirle hasta
la muerte y me fui lejos de Él, sin ver qué pasaba.
Todo es un fracaso; he fracasado a Jesús y Él, muriendo en
la cruz; lo abandoné.

Aún me queda su mirada de lejos; no la comprendo.
Me miró, mientras caminaba; me detuve triste.
¿Qué quiso decir?; no lo sé, algo quiso decirme.
¿Tendré oportunidad para encontrarme con Él?
Si lleva la cruz, ¿qué puedo esperar yo?
Y Él se lleva consigo lo que concluye nuestras vidas.

Después de su Resurrección, me encontré en la barca.
Me preguntó si le amase más, y me dijo que le siguiese.
Pero para seguirle, debí retomar el camino de su pasión.
Así lo entendí, sin palabras.
Y mi corazón recuperó una nueva fuerza.

b. MI ENCUENTRO CON JESÚS

¿Qué puedo decir sobre mi encuentro con Jesús?
¿Lo he vivido en algún momento?
Mi vida tuvo la sensación, como si fuese una vigilia, ante
un Jesús que estaba por venir; y como Él no llegaba o, más
bien, yo no lo veía, ya todo me hablaba de Él, para seguir
con el deseo de buscarlo.

Pasó mucho tiempo; si las cosas seguían, yo aún volvía a mi realidad; no obstante, me quedó la inquietud; por eso, quise buscar a Jesús, y no lo hallaba o no lo quise ver. ¿Hasta dónde el hombre sigue de ese modo?; no lo sé, pero creo que aún llegamos a un encuentro con Jesús.

En este mundo, tenemos la oportunidad de ver a Jesús y de encontrarnos con Él, pues la vida, por más confundida que fuese, se abre para Jesús, mientras Él nos espera.

Ocurre que aún no lo sabemos ver ni le permitimos al Señor que nos abra los ojos, ni que nos sane de la ceguera. Y debemos gritar a los vientos que Jesús nos espera, y que desea que vengamos a Él, pues nos ofrece el pleno sentido de la vida, aún, a la más triste y más oscura.

Los encuentros con Jesús se manifiestan siempre.

Jesús sigue encontrándose con los que quieren verlo; Él sale por los caminos de mañana, de tarde y de noche.

¿Cómo hablar de Jesús, y cómo convencer al mundo?

Es que depende de las vivencias con Él; si lo anunciamos a los hermanos, no sé si desean escucharnos, pero algunos sí, nos escuchan; entonces, por ellos, seguiremos luchando con mucho respeto.

Si es verdad que nos hemos encontrado con Jesús, nuestra cara es distinta, nuestra palabra tiene otra fuerza.

Si Él es muy grande y le creemos de veras, sabemos hablar de Él de un modo que convence, contagia y anima.

Los que han visto a Jesús no se callan jamás, por más que les impidiesen hablar; pues si ellos no lo hacen, gritaran las rocas y las montañas, hablarán los lagos y los caminos.

Jesús, no bien nos encuentra, nos llama; es el llamado a la nueva vida y a la misión, pues las dos se corresponden, se complementan, se necesitan.

Al asumir el compromiso, empezamos a caminar con Él; y se nos abre la perspectiva de la obra del Señor.
Si los cristianos aún ven la propuesta de Jesús, optan por seguirle o se van.

La nueva vida supone el cambio que viene del Señor.
Para Jesús, no hay realidades que le impidiesen su obra, y tan sólo depende de nuestro sí, ante Él, pues en todas las circunstancias, puede llevarnos a un buen fin, por encima de las guerras, del fracaso, de la debilidad; su misión está ungida con el Espíritu.
Entonces, ¿hasta dónde Él nos conduce en el camino de la transformación de las vidas?, parece que llegamos lejos, si no le impedimos obrar a Jesús, ni al Espíritu.

Si bien, desde el principio, la vida está abierta a la misión, después de lo que Jesús ha hecho de ella, el corazón urge y ya no hay nada que lo frene.
Los que llegan a la nueva vida, tan sólo caminan; nadie les apura que hagan por Jesús; están seguros, porque tienen la claridad de la palabra que surge de su vida transformada.
A la vez, les viene la nueva fuerza que crea los encuentros con Jesús; de su vivencia, se proyectan los encuentros con Él, como abriendo la perspectiva de su obra en la vida de los hermanos; respetando lo particular de cada encuentro, y de la obra de Jesús en la vida de los hermanos.

La misión consiste en llevar a los encuentros con Jesús, en dejar que Él obre en los hermanos con plena libertad, y no podemos condicionarlo en nada; aquí está dicho todo, y no hay que agregar nada más.
Aún vuelvo a decir que nuestras Vivencias se proyectan en los hermanos; y de este modo, les ayudamos a encontrarse con Jesús, pues la vida transformada por Él, lleva su plena luz.

No obstante, muchas veces proyectamos nuestras cosas, y nos olvidamos de su obra en nosotros y en los hermanos; a pesar de la realidad, el Espíritu del Señor cuida nuestros pasos; si nos dejamos llevar por Él, aún abrimos el espacio para Jesús, y nos quedamos en la sombra.

Si el Espíritu viene al mundo, para asegurar la misión de Jesús, que no se pierda nada de su obra, ni que nadie la cambie por su cuenta; viene a nosotros para llevar la obra de Jesús hasta dónde sea posible, a la plenitud; desde su obra en nuestras vidas, inicia el camino hacia el mundo, hacia los hermanos; y tan sólo debemos llevar a Jesús, en medio de nuestros corazones.

La expresión "ser testigo de Jesús", nos recuerda nuestro compromiso, aún debemos decir lo que hemos compartido con Él y, de esta manera, el testimonio llega con el poder del Espíritu.

¡Qué grande es sentir su fuerza, cuando hablamos de Jesús encontrado!; ¡y cómo lo reciben los que nos escuchan!

Pues, el Señor obra maravillosamente en nuestras vidas.

Prefacio	3
1. Aquel día no harán más preguntas	5
a. el Pueblo reunido en el Cenáculo	5
b. os enseñará todo	7
2. Se los concederá en mi Nombre	11
a. las dimensiones de la gracia	11
b. pedid y se os dará	14
3. Anuncien la Buena Noticia	17
a. Jesús nos envía	17
b. la vida y la Misión	19
4. Yo he vencido al mundo	23
a. tus Palabras resuenan	23
b. una Piedra rechazada	25
5. Yo ruego por ellos	29
a. el Señor protege su obra	29
b. Jesús dentro de su misión	31
6. Ellos no son del mundo	35
a. el trigo y la cizaña	35
b. el enfrentamiento	37
7. Que todos sean uno	41
a. desde el Señor	41
b. los principios de la hermandad	43
8. ¿Me amas más que estos?	47
a. ¿quién ama más?	47
b. la Misión del Amor	49
9. Tú sígueme	53
a. un llamado renovado	53
b. mi encuentro con Jesús	55

